

# LA PRINCESINA DE UN POEMA PICTORICO

Como la miel endulza la rebanada de pan sobre la que se esparce para merienda de los niños; de la misma manera que el cefirillo se perfuma a su paso por las montañas exuberantes de tomillo, sándalo, romero y otras mil variadas plantas aromáticas, por los prados frondosos y por los vergeles primorosos en que la gama de variadísimas flores lucen su hermosura; de igual modo que el morfinómano se siente transportado a los paraísos artificiales anhelados al usar la droga venenosa de su predilección; lo mismo que el enamorado de la vaguedad se solaza cuando halla oportunidad de dejar que las horas pasen suavemente, rítmicamente, reclinado con indolencia en muelle diván y aspirando con fruición el «nuratti» delicioso exalante de volutas de humo azulino que se pierden en el infinito, paralelamente a como nacen y mueren sus ensueños de idealidad indefinible...; como se extasían los diletantistas escuchando una romanza inspiradísima a uno de esos eminentes divos elegidos por el Destino para monopolizar la Gloria, así el corazón de Luciano, henchido de un amor inconmensurable por la adorable y angelical belleza núbil de María Luz, se endulzaba, se perfumaba, se elevaba a regiones paradisíacas, se solazaba, se extasiaba, cuando la suerte le era propicia para gozar de un rato de discreto con la tan admirada doncellita de sus amores...

¡Qué consolador, qué enternecedor era contemplar el arrullo ingenuo de estos dos tórtolos que eran nuestros jóvenes! Nunca corazones de enamorados palpitaron más al unísono; jamás hubo quien experimentase más intensamente, más temblorosamente, la dulce emoción de confiarse las mil puerilidades que los espíritus afines suelen comunicarse.

Mari Luz, muy niña todavía, habíase quedado huérfana de padre. Y carente la autora de sus días de fortuna con que subvenir a las necesidades de su vida y de la de su hija, aceptó los ofrecimientos de un primo carnal, cura párroco de pintoresco pueblecito netamente vasco, en donde vivía felizmente, ni envidiado ni envidioso, que dijo el clásico. Doña Margarita se encargó desde el primer día de ejercer la jefatura de la casa de su pariente, con lo que el buen D. Crisóstomo, que padecía un ama de llaves gruñona, desatenta y antipática, vióse largamente compensado del pequeño sacrificio que se impuso, con los cuidados exquisitos que ahora le prodigaban, ítem más con el consuelo y encanto que era en aquella austera y silenciosa morada el arpegio meliflúo y armonioso de la risa fresca de su sobrinita.

No es extraño, por lo tanto, viviendo nuestra heroína en aquel ambiente semimonacal, que sufriera las contrariedades impuestas por los Capuletos a Julieta, en el drama shakespeariano, y que Luciano, nuevo Romeo, sintiera con frecuencia la amarga desventura de no poder ni aun ver siquiera a distancia a la ninfa de sus pensamientos. Mas... diabólica paradoja de la vida: A mayor prohibición, a más sañuda enemiga para la libre expansión de los sentimientos de quien arrobado de amor se halla, más intensificación de encariñamiento, mayor ofuscación para no pensar en otra cosa alguna, más docilidad para dejarse llevar de la mano por el angelico que representan desnudo y con una flecha pronta a ser disparada, mayor culto al ser amado, mayor frenesí... Y esto es lo que acontecía con Luciano y Mari Luz.

Luciano había nacido en París. Era hijo de Samuel Lerivilla, el joyero más famoso de la villa Lumière, un judío célebre por la rica colección de diamantes artísticos y preciosistas que, después de haber pertenecido a diferentes emperadores, príncipes y magnates de Europa, habían ido a parar a sus manos acariciadoras y felinas, maestras en el arte de constatar el valor intrínseco de las piedras. Su madre era una señora elegantísima, que a la belleza helénica y a la simpatía y gracia sugestivas de las sevillanas de pura cepa, unía la bondad y amabilidad alquilaradas. Educado con gran exceso de mimos, acostumbróse a ser desde niño un fierecillo reyzeulo de su casa, no existiendo para él capricho, por original que fuese, con el que no se viera complacido por sus progenitores. No obstante, el mayor de su vida sólo consistía en el prurito de mantener relaciones con los artistas, singularmente con los dedicados a la pintura. Había cobrado una gran afición a esta manifestación del Arte, y cuando a sus labios no asomaba todavía el bozo de la adolescencia, era ya una vivísima promesa en concepto de sus maestros. Era también un bohemio. Pero no de esos de pelambra alborotada y chaquet grasiento, sino aristocrático y elegante con naturalidad, con melena ensortijada sin artificio alguno y perfumada esmeradamente y con chalina negra, usada más por comodidad de hacerse el lazo pronta y arbitrariamente, que por caracterizarse de artista. Bohemio innato, sin rebuscamiento, desdeñador del atildamiento exagerado de los pollos bien, pero con más chic, con más donosura y gentileza de figura que ellos. Su padre, espíritu culto, caballeroso y amante de la familia,

hasta almibararse en su trato con ella, contemplaba con delectación suma las aficiones de Luciano, enorgulleciéndose de que en época materialista, no muy favorable a la admiración de los creadores de la Belleza, fuese su hijo un paladín entusiasta y un fervoroso cultivador del arte pictórico. Por eso le alentaba cotidianamente para que prosiguiese sin desmayo en el ideario trazado. Y nuestro amigo, que comulgaba con misticismo inefable en el ideal noble de la realización de una Obra fecunda, merecedora de su consagración como artista, sintióse un día enfermo por el trabajo excesivo y por recomendación de la Ciencia, tuvo que ir en busca del enriquecimiento de su organismo al salútilero pueblecito vasco en donde conoció después a María Luz.

Era una deliciosa mañanita de la gay primavera. El alegre gorgo de los pajarillos, el enervante perfume de la tierra un poco mojada y de las plantas que tapizaban el monte y el efluvio maravilloso de vida sana, apacible, halagadora, optimista y bella que reinaba en el ambiente, hicieron el milagro de regocijar el corazón de Luciano, de infundirle alientos, de darle esperanzas, de cantarle al oído una grata salutación preñada de consoladoras ilusiones, de dulces presentimientos... Gozoso de verse emocionado y alegre, él que llevaba ya muchos días melancolizado por su enfermedad—amago de tuberculosis, según dictamen facultativo—tomó los bártulos para pintar y encaminóse por una vereda solitaria en busca del paisaje que le atrajera para ser interpretado en el lienzo. No tardó mucho en hallarlo. En una revuelta del caminito, cabe la montaña bravia, pletórica de manzanares en flor,—blanca y risueña ofrenda de la primavera—había una preciosa casita, mitad villa, mitad caserío vasco, enjalbegada coquetonamente. Unos frondosos castaños proyectaban agradable sombra sobre la misma y casi lamiéndole los umbrales, un riachuelo de agua cristalina, manso y rumoroso, se deslizaba... Más allá, en el azul divino del cielo, se recortaba la silueta airosa y elegante de la clásica torre parroquial. Luciano, impresionado por la magia de perspectiva tan bella, armó su caballete, requirió el disco de las pinturas, preparó los pinceles y...

—Buenos días—oyó una dulcísima voz que le decía.

—Felices...—contestó, añadiendo incontinenti—felices mis ojos, que contemplan hermosura tan peregrina...

—¿Es V. sevillano?

—Algo de andaluz debo tener, por cuanto mi madre nació en la tierra donde se venera a la Virgen de la Macarena; pero soy parisién. ¿Porqué lo pregunta?

—Por nada...

De esta manera tan sencilla y natural, se iniciaron sus amores. La simpatía, flor que brota instintivamente entre las personas que mutuamente se atraen, fué el preludio de la marcha nupcial, del idilio venturoso de María Luz, la niña de cabellos dorados, ojos azulinos y carita de óvalo perfecto, como las virgenes de Rafael, y talle esbelto y gracioso como el de una egregia danzarina rusa, y de Luciano, el pintor bohemio, enamorado de la quimera. Y en sus días felices, los frutos fueron ópimos. Luciano pintó un poema romántico lleno de inspiración, en el que la figura principal, de belleza impoluta, quintaesenciada, era su musa providencial. Cuadro de policromados tonos, hábilmente combinados, en el que puso lo mejor de su entusiasmo de artista, ejecutándolo magistralmente y vertiendo en él toda su fantasía creadora.

A la verdad, amigos, que la vida tiene ironías insospechadas. Cuando Luciano esperaba vencer la resistencia de su padre para contraer nupcias con una mujer cristiana; cuando lo tenía favorablemente impresionado por el candor de la niña que, según le había contado, era la modelo del Poema Romántico que le había proporcionado tan señalado triunfo en la exposición verificada en París; cuando el contento inundaba su ser, augurando una felicidad inmarcesible durante su vida, uniéndose con el lazo indisoluble a la María Luz de sus sueños de color de rosa, recibió una carta doliente, llorosa, de la desventurada chiquilla, que en los días en que él conquistaba la fama era enclaustrada como novicia, por imposición de su tío, en un convento de blancas monjitas.

Luciano se desesperó. Ahora que se encontraba sano, fuerte, triunfador, perdía el tesoro más estimable. Y como amaba a su novia hechicera, no con la pasión arrolladora de D Juan, sino con el amor espiritual de los soñadores, no imaginaba con acierto el modo de ganar para sí la vida, gloria pura, de la Beldad incomparable que tan tiernamente le había cautivado. Y entretanto, Mari Luz, pensando también en él con desmayo, en la hora crepuscular, romántica y piadosa, se paseaba con el alma llena de soledad augusta, de infinitas saudades, por el pálido jardín conventual, saturado de lírica y aromada excelsitud....